

SISTEMA MORFOLÓGICO Y CAMBIO LINGÜÍSTICO *

0. La propuesta de una reflexión sobre el cambio lingüístico en el sistema morfológico tropieza con un grave problema en sus principios generales: ¿Es posible (o útil) hablar de una morfología autónoma, distinta y separada de la fonología y la sintaxis? Hace apenas diez años la respuesta mayoritaria de muchas escuelas de lingüística hubiera sido que no.

0.1. En realidad el abandono de la morfología como parte autónoma del estudio lingüístico parte ya de las escuelas estructuralistas de los años 20-40, con la valoración del concepto de morfema (o monema en Martinet) frente al de palabra, que pierde en estas escuelas progresivamente su consideración de unidad lingüística.

Las escuelas de la gramática GT, con su descomposición de la frase en estructuras profundas donde la palabra, reducida a elemento de la estructura superficial, no desempeña papel alguno como unidad básica, agravaron este problema. La creación de los términos de Morfología por un lado y Morfosintaxis por otro evidencia bien a las claras la ruptura del contenido de la Morfología tradicional y su sumisión a las otras dos partes del análisis lingüístico.

0.2. Ahora bien, este rechazo a la morfología no fue nunca total en las escuelas estructuralistas tradicionales. Aquí y allá se alzaron voces reclamando la necesidad de hacer también descripción morfológica de las lenguas, esto es, un estudio de las variaciones de forma

* Ponencia leída en el simposio de la Sociedad Española de Lingüística. Dic. 1984.

de las palabras en la frase. Matthews (1974) hace reflexionar sobre el hecho de que esta parte tradicional de la descripción lingüística es central en el estudio de lenguas extranjeras, y señala la importancia que tiene «de facto» la morfología en las descripciones recientes de lenguas conocidas (Hall, *La struttura dell'italiano* 1971) o poco conocidas (Bouquiaux, *La langue Birom* 1970). El propio Martinet, en un artículo ya clásico («Qu'est-ce que la Morphologie?»), afirma literalmente que «no es posible sentirse satisfecho con un plan de análisis lingüístico cuyos tres capítulos iniciales sean Fonología, Morfonología y Morfosintaxis». Es necesario introducir una Morfología autónoma que, a la manera tradicional, aborde la presentación de las variantes de los significantes, incluyendo éstas tanto las variantes sintagmáticas (declinación) como las sintemáticas (composición y derivación).

Desde otro punto de vista, para quien trabaja en reconstrucción lingüística es bien claro que el tipo de datos que nos proporciona indicaciones más significativas de cómo era y cómo funcionaba la proto-lengua son los que proceden de la reconstrucción morfológica; que pese a la ampliación de los criterios de clasificación tipológica, haciendo entrar en juego también parámetros fonológicos y sintácticos, son los datos del tipo morfológico los que nos permiten definir mejor la estructura de la lengua, y más aún de la lengua reconstruida, donde la identificación fonética de los proto-fonemas no siempre es lo suficientemente precisa, y la reconstrucción sintáctica apenas está en sus inicios.

0.3. Otra crítica típica a la morfología es su no universalidad, frente a la de fonología y sintaxis. No todas las lenguas tienen variaciones formales de la palabra, hay lenguas (las aislantes) sin morfología, como no la hay en el lenguaje infantil ni en las lenguas pidgin y criollas.

Sin embargo, la morfología se adquiere a partir de los dos años, y en lenguas criollas en cuanto empiezan a estabilizarse. Y ello simplemente por el principio de optimización: las unidades morfológicas son unidades más pequeñas que dan una información más grande. O, en términos de Lüdtke (1980), la información procesada gramaticalmente se comunica con comparativamente menor esfuerzo físico (en producción y percepción) y poca pérdida de tiempo. De suerte

que, salvadas las peculiaridades de las lenguas aislantes (y pocas lo son de una manera absoluta), la mayoría de las lenguas del mundo tienen morfología, esto es, cambio formal de la palabra en la frase para expresar categorías gramaticales.

I. LA FORMULACIÓN DE UN MODELO DEL CAMBIO MORFOLÓGICO

1. No es de extrañar por tanto que la formulación de un modelo de cambio morfológico haya sido descuidada durante años por los lingüistas, pues había que superar no sólo la prioridad concedida a los estudios sincrónicos por los distintos estructuralismos en sus primeras formulaciones, sino también estas dudas sobre el carácter autónomo de la propia morfología.

Por el contrario, el final de la década de los 70 registra no sólo una revalorización de la descripción morfológica, sino una reapertura de la cuestión del cambio de los sistemas morfológicos, de la diacronía de los sistemas morfológicos, entendidos éstos fundamentalmente como sistemas flexivos, esto es, como la parte organizada en categorías «cerradas», en sistemas caracterizados según Plank (1981) por su «relativa regularidad», y no la morfología derivacional, que se organiza en sistemas «relativamente irregulares» y que desde el punto de vista diacrónico suele ser tratada con planteamientos similares a los del léxico.

Esta vuelta a los estudios sobre diacronía de los sistemas morfológicos, que se refleja en una cierta abundancia de estudios sobre el tema, ya teóricos, ya aplicados a la descripción o explicación de tal o cual cambio concreto, se explica porque estamos asistiendo a la vez a una revalorización de los estudios tipológicos de la lengua, y porque, a impulso principalmente de Greenberg, estos estudios tipológicos, donde la morfología sigue desempeñando como ya hemos señalado un papel preponderante, han saltado también a la diacronía, estudiando los cambios de tipo de las lenguas, por un lado, y la tipología de los posibles cambios, por otro.

2. El nuevo auge de la diacronía aplicado al campo morfológico como campo autónomo, sin embargo retoma de nuevo la cuestión donde había quedado antes, reiniciando la vieja y nunca cerrada

polémica de cuáles son los factores que impulsan el cambio morfológico, el cambio que supone una reorganización total o parcial de los sistemas morfológicos.

En esencia, la cuestión a resolver es la siguiente: ¿tienen los sistemas morfológicos un dinamismo propio que les impulsa al cambio, o sólo se reorganizan secundariamente, como consecuencia de cambios y factores ajenos a la propia morfología?

La respuesta a esta cuestión es básica a la hora de formular un modelo del cambio en morfología, por lo que recientemente la han vuelto a poner sobre el tapete gran número de autores de muy diversas orientaciones metodológicas y muy distintos puntos de vista, difiriendo de las posiciones tradicionales del estructuralismo de los años 50 frecuentemente sólo en la terminología, no en el planteamiento del problema, y más frecuentemente aún no difiriendo ni siquiera en su solución.

Es lógica por otra parte esta resurrección de la vieja polémica. Los factores que determinan que las lenguas cambien en el plano fonético son más o menos comprensibles, y en todo caso introducen tendencias muy generales y poco variables (asimilaciones en la cadena fónica, tendencia al mínimo esfuerzo, etc.). En el caso del cambio morfológico el tipo de factor o factores desencadenantes del proceso que admitamos teóricamente condiciona nuestras expectativas sobre la dirección y resultado final de dicho proceso, y condiciona en consecuencia todo el algoritmo del cambio morfológico que el lingüista se disponga a formular a continuación.

II. FACTORES QUE IMPULSAN EL CAMBIO MORFOLÓGICO

3. Desde la formulación de la teoría neogramática del cambio lingüístico se impone una visión de los cambios en la morfología de las lenguas consecuencia y resultado únicamente de los cambios fonéticos. La forma de las palabras, de los significantes, varía constantemente debido a un proceso continuado e inevitable de deterioro fonético que provoca una abreviación de la palabra y una pérdida de identidad fónica de los significantes morfológicos, y por tanto una reorganización de los sistemas gramaticales consecuencia de la confusión formal de las marcas de determinadas categorías. Una fuerza

contraria, generada por la necesidad de mantener la distintividad de ciertas categorías indispensables para la construcción de la frase, la Analogía, puede interferirse deteniendo el cambio fonético o provocando una reestructuración del sistema por otros medios.

Esta es en esquema la visión neogramática del cambio lingüístico, tal como se encuentra incluso en H. Paul, dentro de su teoría que le lleva a señalar como motor de los cambios las realizaciones individuales frente a la lengua del grupo, y a tomar por primera vez en cuenta condicionamientos psicológicos en la evolución de las lenguas.

Pero esta idea del cambio lingüístico como básicamente cambio fonético, siendo subsiguientes a él todas las variaciones en los demás campos de la lengua (especialmente en el morfológico por supuesto), la reencontramos no sólo en los primeros modelos del cambio morfológico de las escuelas estructuralistas tradicionales, como la bien conocida versión de Kuryłowicz por ejemplo, sino en los modelos más recientes de orientación GT e incluso de planteamientos teóricos bien diferentes (el planteamiento cibernético de Lüdtke (1980) por ejemplo).

El cambio morfológico, en efecto, es visto generalmente por los distintos estructuralismos como el resultado de la interacción del cambio fonológico y el reanálisis funcional de las formas heredadas, reanálisis al que es fundamental la revinculación de las formas gramaticales a las categorías gramaticales básicas.

Sin embargo, varía importantemente de un autor a otro la descripción del mecanismo del cambio morfológico según el valor que se atribuya a los condicionamientos de los signos como motores del cambio.

3.1. Kuryłowicz, en efecto, considera a los cambios morfológicos como consecuencia de cambios fonológicos o de cambios semánticos. Esto es, el sistema morfológico no tiene en sí mismo una dinámica propia, sino que en todo caso experimenta reorganizaciones constantes al ver alterado su equilibrio por un cambio en alguna de las dos caras del signo.

Ahora bien, el cambio fonológico es en la teoría de Kuryłowicz en último caso el paso primario. El deterioro del significante morfológico provoca evidentemente una reorganización del sistema (o una resistencia al deterioro), desatando la acción de la Analogía, verda-

dera fuerza motora de los sistemas morfológicos que actúa en unas direcciones perfectamente previsibles y definidas por una serie de Leyes que han sido el punto más discutido de la teoría de este autor, recuérdese simplemente su polémica con Mańczack (1957/58), (1963), (1978), (1980).

También el cambio semántico desata las fuerzas que mueven la reorganización de los sistemas morfológicos, pero en los planteamientos de Kuryłowicz el propio cambio semántico no es sino una consecuencia de un cambio fonológico, ya que es subsiguiente a una creación o modificación de un significante y la consiguiente oposición de la nueva forma a su forma base en el tipo de «oposición polar». Simplemente en Kuryłowicz además del cambio fonético productor del deterioro se toman en cuenta los cambios fonéticos que llevan consigo la creación de nuevas formas.

La creación de nuevas categorías morfológicas por contra sólo es contemplada en su sistema como procedente de la escisión en dos de una preexistente que abarcaba los dos significados. Ni la creación de categorías y sus significantes por aglutinación, adaptación, infección, etc. es considerada por su método, ni los condicionamientos externos a la lengua son tomados en absoluto en cuenta como tampoco la posibilidad de la acción sobre el sistema morfológico de una dinámica interna al propio subsistema como la postulada por su propia escuela para los subsistemas fonológicos.

3.2. Posiciones bastante más recientes y de puntos de partida teóricos, de adscripción a escuelas lingüísticas bien diferentes de la de Kuryłowicz repiten sin embargo en lo que respecta a este punto básico la misma teoría de éste y de los neogramáticos de la unilateral causación del cambio en el nivel morfológico por parte del nivel fonológico.

Así, y aunque sólo sea a título de ejemplo, en Jeffers y Lehiste (1979), tras una exhaustiva enumeración de los distintos procesos computables dentro del cambio morfológico se afirma taxativamente que la gran mayoría de tales procesos, si no todos, «están fuertemente vinculados a cambios fonéticos», y en último término es un cambio fonético el que introduce una distorsión de algún tipo en un sistema morfológico estable, con la subsiguiente reorganización tendente a restablecer un equilibrio definido ya no por la estructura

interna como en Kuryłowicz, sino por la facilidad de percepción y aprendizaje.

La mayoría de los tipos de procesos citados por estos autores, como nivelación paradigmática, contaminación, analogía (definida ésta como la acción en proporciones de cuatro miembros que crea patrones nuevos a partir de un patrón preexistente), y por supuesto las reinterpretaciones morfológicas o las restauraciones analógicas, tienen su punto de partida en un cambio fonético que provoca el desequilibrio que es preciso solucionar (nivelación, contaminación, reinterpretación) o proporciona una nueva forma que es preciso incluir o eliminar del sistema (morfologización de alomorfos, reinterpretaciones analógicas).

Más aún, incluso autores que abordan el estudio del cambio lingüístico desde puntos de vista y metodologías cibernéticas, como Lüdtke (1980), no parecen haberse liberado del estrecho marco del cambio fonético como motor de la evolución morfológica. Para este autor es un axioma que todos los morfemas gramaticales derivan de lexemas anteriores, en concreto de un subgrupo de lexemas que se hacen cada vez más y más pequeños y más y más frecuentes.

La base formal de la morfología reside por tanto en la reducción de sus unidades significativas, la transformación de un lexema en morfema viene condicionada por una necesaria etapa de reducción fonológica. Este proceso de reducción fonológica continúa afectando a las nuevas unidades, pues avanza inexorable y constantemente, hasta llevar tales unidades a cero, con la consiguiente reorganización de la morfología.

Es curiosa la afirmación de Lüdtke de que en general la morfología de cada lengua se caracteriza por un limpio equilibrio entre ganancia y pérdida, lo que viene a significar que la distinción perdida por reducción, por desgaste fonológico, es sustituida por la creación de nuevos significantes para la categoría en peligro, introduciendo entonces, o no, variaciones en su contenido gramatical.

Naturalmente, si miramos a determinados casos de lenguas cercanas, como las lenguas romances en su historia desde los testimonios medievales hasta época moderna, y nos ceñimos además al caso del verbo, tal afirmación puede encontrar apoyos objetivos: en español o francés medieval y moderno el verbo ha adquirido nuevas formaciones perifrásticas en sus sistemas de tiempo-aspecto que sustituyen

a aquellas heredadas perdidas por desgaste fonológico. Pero resultaría muy dificultoso para el lingüista justificar una afirmación así en todos los casos y todas las lenguas. Véase si no simplemente lo ocurrido con el subsistema de la declinación nominal en las mismas lenguas durante el mismo período.

3.3. Merece la pena poner de relieve de nuevo que de todo lo dicho hasta ahora se desprende que las teorías que ponen en íntima vinculación el cambio morfológico con un cambio fonológico previo, se adaptan por lo general relativamente bien a la explicación de los cambios que suponen una mera reorganización formal, manteniéndose el sistema en sus mismos términos, o bien aquellos en que en el subsistema afectado se registra una pérdida, una reducción del número de sus categorías.

Frecuentemente en estos modelos del cambio morfológico la creación de nuevas categorías morfológicas no está contemplada más que como un proceso de gramaticalización de elementos léxicos. Procesos de aglutinación o de reducción a formas sintéticas de construcciones perifrásticas, son por regla general los considerados responsables de la creación de nuevas categorías. La propia morfológización de alo-morfos es admitida como procedimiento de creación de nuevas categorías sólo en tanto en cuanto supone la escisión en dos de una categoría más amplia y cuya base para la escisión venga ya dada o apoyada al menos en alguna otra evolución de la misma lengua.

En general hay una fuerte resistencia a admitir cambios profundos en el sistema morfológico de las lenguas, y la creación de categorías morfológicas, con lo que puede acarrear de cambio de parámetros del sistema, resulta para gran número de lingüistas todavía difícilmente digerible. En esta posición, a veces no plenamente consciente ni explícita, pero ante la que los indoeuropeístas estamos extraordinariamente sensibilizados, confluyen en mi modesta opinión dos condicionamientos muy diferentes.

3.3.1. En primer lugar un prejuicio procedente de Schleicher, que nadie confiesa pero que está presente en el subconsciente colectivo de muchos lingüistas, de que la evolución de las lenguas es un proceso unilateral de decadencia, caracterizada ésta por una pérdida progresiva de complejidad morfológica. Hay un punto álgido de des-

arrollo morfológico, el deterioro fonético constante va erosionando ese sistema completo hasta que poco a poco la morfología va desapareciendo, va decaendo, con mayor o menor rapidez según la fuerza con que se impongan las reestructuraciones analógicas o las reposiciones de los significantes por los procesos antes citados.

3.3.2. En segundo lugar la curiosa idea de que la morfología sólo cambia como resultado del cambio en otros niveles de lengua porque la morfología es por sí misma un campo especialmente estable, en oposición a fonología, sintaxis o léxico.

Según esto, la morfología se supone carente de cambios internamente motivados. Al ser la parte más estructurada de la gramática tendría una especial cohesión interna que la protege de la erosión, con lo cual si cambia, como evidentemente lo hace, lo hace más lenta y menos profundamente que las otras partes de la gramática (cf. la discusión de este aspecto del problema en Jeffers (1976)).

Por otra parte era casi unánimemente admitido hasta no hace tanto que la morfología estaba libre de interferencias debidas al contacto entre lenguas cf. Boas (1911) por ejemplo. E incluso esta pretendida super-estabilidad de la morfología se ha intentado aplicar al estudio de la clasificación genética de las lenguas: si la morfología es la parte más estable, podemos pensar que lenguas muy distantes ya entre sí presenten pocas coincidencias léxicas y muchas en el sistema morfológico, y que por tanto la comparación de los sistemas morfológicos, sin acudir a la presencia de morfemas etimológicamente relacionados, pueda ser suficiente evidencia de la relación genética de determinadas lenguas.

Y no estamos hablando de posiciones de la prehistoria de un Boas (1911) por ejemplo, sino que esto mismo lo intenta aún Hymes (1955, 1956) con un grupo de lenguas Na-Dene, un intento destinado a priori al fracaso, ya que la pretendida estabilidad de la morfología y su resistencia al cambio es una teoría sin base real alguna, bastando simplemente el examen de los sistemas morfológicos de las lenguas indoeuropeas modernas para echar por tierra cualquier hipótesis en este sentido.

4. Sin embargo, este último planteamiento sugiere una nueva aproximación al cambio morfológico. En efecto, la idea de la supuesta

estabilidad de los sistemas morfológicos viene a ser una aplicación a la morfología del concepto de «cohesión interna en un inventario de signos razonablemente simétrico» acuñado para la fonología por la Escuela de Praga.

Ahora bien, la aplicación de este concepto a la morfología sugiere inmediatamente que también aquí los desequilibrios del sistema, la escasa o no razonablemente suficiente simetría del inventario morfológico debe ser tomada en cuenta como uno de los posibles impulsos del cambio, de la reorganización de los subsistemas morfológicos de una lengua dada.

E incluso de toda una familia de lenguas. Ciertos fenómenos de *drift* sostenido durante siglos y siglos de evolución lingüística, como la clara tendencia de las lenguas indoeuropeas a una evolución de flexivas a aislantes de las que las lenguas modernas nos ofrecen distintos grados de desarrollo parece que deben ser interpretados o explicados como tendencias evolutivas que tienen una causación, un punto de partida, interno al propio sistema morfológico (Thomasson (1980): pág. 360).

Bien es verdad que en un caso como el citado tal causa es difícil de identificar, y quizá haya que contar más bien con una mezcla de diferentes causas coadyuvantes y que apuntan a una misma dirección, en un tipo de proceso similar al de la Conspiración de Reglas de la fonología GT (procesos de deterioro fonético más desequilibrios del sistema más cambio en la tipología sintáctica más tendencia antigua más profundo contacto lingüístico-cultural durante siglos).

4.1. La importancia de este factor intrínseco, de la propia estructura de los sistemas morfológicos, ha sido acentuada en la obra de Adrados, tanto en la específicamente teórica como en su aplicación práctica a la reconstrucción, sin olvidar tampoco que la complejidad de los hechos lingüísticos no permite dejar de lado ninguno de los otros factores determinantes del cambio, y menos aún el factor de la evolución fonética con ejemplos bien claros y evidentes de su acción.

Los sistemas morfológicos tienden a un equilibrio que supone una relación unívoca significante-significado, de modo que a cada significante corresponda un significado y viceversa. Los sistemas jamás alcanzan un equilibrio perfecto, ya que a su propia tasa de incon-

sistencia hay que añadir la provocada por el cambio fonético por un lado y por las reestructuraciones del significado de las categorías gramaticales por otro. De ahí la dinámica del cambio constante de las lenguas.

El desequilibrio de un subsistema morfológico puede estar determinado por cualquiera de las dos caras del signo, y por tanto el cambio morfológico puede estar impulsado por cualquiera de las dos. Así no sólo se da cuenta de la eliminación de categorías morfológicas por el deterioro fonético hasta la eliminación del significante, sino que también la cara del significado puede ser responsable de la eliminación de una categoría (piénsese en la caída en desuso del dual griego por ejemplo). E incluso la cercanía y confluencia de los significados de dos categorías morfológicas puede llevar a la eliminación de la oposición y a generar situaciones de alomorfismo provocado aquí por vía fonética: la confusión en antiguo indio de Subjuntivo y Optativo va imponiéndose gradualmente hasta llegar en sánscrito clásico a la pérdida del Optativo sin que haya habido auténtico sincretismo formal en absoluto.

La creación de categorías por su parte puede efectivamente tener lugar mediante procesos de aglutinación, o morfologización de alomorfos generados por un proceso fonético, pero también hay que contar con procesos de infección como el que provoca la morfologización del género femenino en indoeuropeo, o de polarización, donde el punto de partida de la innovación está en la cara del significado, aunque para el desarrollo total del proceso es preciso contar con un significante disponible. Un algoritmo similar del cambio morfológico, donde se atiende al equilibrio entre significante y significado como medida del equilibrio del sistema y a éste como determinante de la estabilidad o la tendencia a la evolución, es la conocida versión de la lingüística paramétrica de Heller y Macris (1967).

Cambios también interpretables, o solamente explicables como debidos a la propia dinámica del sistema son aquellos en que unas categorías heredadas que configuran un sistema incompleto van aumentando su número hasta que el sistema de oposiciones llena por completo sus posibilidades, procesos éstos en que la analogía tiene un papel preponderante. Quizá un ejemplo pueda resultar aclaratorio: el armenio hereda en el verbo un

Pres. Indic. *beri* Pres. Subj. *beray*
 Pas. Indic. *beric'*

Esto es, una oposición Presente/Pasado en Indicativo que falta en Subjuntivo.

La casilla vacía se llena mediante una nueva forma de Pas. Subj. *berayc'* formada analógicamente sumando las características de tiempo y modo. De este tipo de cambios y otros cambios menores motivados todos por presión del sistema podemos encontrar gran cantidad en las distintas lenguas.

4.2. Ahora bien, los sistemas morfológicos no tienen bases únicas de organización. El problema no reside sólo en elaborar un modelo del cambio que abarque todos los tipos posibles de reducción y aumento de las categorías del sistema, esto es, donde se expliquen los procesos de eliminación y creación de categorías y sus diversas causas.

Las bases de los sistemas morfológicos, los parámetros que oponen las categorías morfológicas, pueden ser distintos de una lengua a otra. Hay distintos tipos de sistemas morfológicos definidos no por criterios formales, sino por criterios de contenido, esto es, funcionales. Bien entendido, este criterio afecta especialmente a las categorías morfológicas de base sintáctica, a los sistemas morfológicos que se organizan mediante parámetros definidos por la función sintáctica principalmente.

Es preciso añadir a los modelos de cambio morfológico usuales un modelo que tome en cuenta los procesos donde el resultado final, afectando o no al número de oposiciones, de categorías, es un cambio de tipo del sistema, donde se pasa de oponer unas determinadas funciones a otras de base opositiva totalmente diferente. Esto es, se trata de encontrar explicaciones o modelos de descripción al cambio tipológico, en lo que se refiere por supuesto al tipo morfológico en nuestro caso.

Este problema del estudio del cambio de tipo no es nuevo en la lingüística. De hecho ya desde Schleicher al menos los tres tipos clásicos de lenguas, definidos mediante parámetros morfológicos por A. W. von Schlegel (aislante, aglutinante y flexivo, más el incorporante de Humboldt), son considerados además como tres estadios evolutivos que necesariamente recorren las lenguas cíclicamente. Natural-

mente esa tendencia de las lenguas indoeuropeas hacia la aislación señalada antes y perfectamente evidente en alguna como el inglés suponía un punto de apoyo importantísimo a este postulado.

Por supuesto que los planteamientos actuales son bastante más depurados. En primer lugar la clasificación tipológica de las lenguas raramente pretende ya ser totalizadora, sino que aspira a definir posibles tipos de sistemas o subsistemas fonológicos, morfológicos y sintácticos. El abanico de parámetros utilizables se ha ampliado extraordinariamente, realmente desde Sapir y la fonología praguiana con Jakobson a la cabeza por un lado, y desde Greenberg y sus tipos sintácticos por otro.

Esta definición de tipos se hace, en el caso de la morfología, utilizando parámetros bastante más finamente analizados, tomados de categorías de contenido (gramaticales o semánticas) que se pretenden universales, esto es, necesariamente expresadas en toda lengua por algún procedimiento sintáctico, semántico o puramente morfológico.

En segundo lugar lo que interesa al lingüista una vez definidos empíricamente los tipos atestiguados de sistemas de expresar las categorías implicadas, con la especificación en la medida de lo posible de los tipos básicos y regulares y de los modelos inconsistentes posibles o las posibilidades de *split*, es el proceso del cambio de un tipo a otro, es seguir las líneas por las que la lengua puede cambiar de tipo y qué cambios de tipo son posibles directamente y cuáles nos deben hacer suponer otro estadio diferente intermedio.

El tema, planteado actualmente en primera línea de la investigación lingüística en diacronía, y que ha saltado incluso como es natural a los estudios comparativos, está en plena efervescencia.

Las líneas maestras de la metodología para el estudio de los cambios tipológicos han sido trazadas por Greenberg (1973) ofreciendo cuatro posibilidades de las que la más aplicada hasta ahora es la llamada «dinamización de subtipologías», esto es, el seguimiento de un rasgo determinado que se supone universal y el establecimiento de los cambios tipológicos atestiguados en él.

Obras como las de Lehmann (1978), Comrie (1981) o Greenberg (1978) se inscriben en esta línea de estudios de los que el trabajo de Villar (1983) es una valiosa aportación española a la aplicación de métodos y criterios de la tipología diacrónica a la reconstrucción morfológica del Indoeuropeo.

En este sentido la idea de Martinet (1979) de enmarcar el estudio de los sistemas morfológicos de las lenguas en un cuadro general que va desde el sistema neutro al de marca obligatoria pasando por un estadio intermedio de marca no obligatoria puede contribuir a aclarar y explicar determinadas inconsistencias en los sistemas y especialmente a explicar la alta frecuencia de sistemas *split* (esto es, doble sistema en una misma lengua distribuido según el léxico) en las lenguas.

Hemos pasado, pues, de buscar condicionamientos internos al sistema morfológico, desequilibrios formales o funcionales que determinen su estabilidad, a buscar por un lado un sistema de definición universal de las categorías morfológicas que nos permita establecer tipos de organización de las categorías en los que sean encuadrables todas las lenguas, y por otro lado a buscar por la vía de un estudio a la vez teórico y empírico las líneas de evolución de un tipo a otro que nos den cuenta de la propia dinámica del sistema y de si ésta sigue una línea única, una dirección determinada (como la aislante → aglutinante → flexiva) o si las líneas de evolución de los diferentes tipos no pueden predecirse sino a partir de un análisis pormenorizado de la situación concreta (marcas formales, equilibrio interno del sistema, etc.) de cada una de las lenguas, siendo en sí mismas imprevisibles «a priori».

Se trata, pues, de ir estudiando en cada caso concreto los modelos posibles de cambio de tipo, esto es, de hacer una tipología del cambio lingüístico, una tipología que para ser útil no puede ser totalizadora, no puede plantearse como un recuento de los cambios admisibles, sino que nos suministre un entramado, una red de posibilidades que nos sirva de apoyo, que guíe nuestros pasos sin entorpecerlos, que nos proporcione de alguna manera un concepto que nos ayude en el estudio del cambio morfológico y en la reconstrucción morfológica en la misma medida y de la misma manera que el concepto del «cambio fonético usual» lo hace en la reconstrucción fonológica.

5. Con todo ello parecemos haber olvidado que las lenguas están sometidas no sólo a una dinámica propia, sino a toda una serie de influencias externas que determinan frecuentemente la dirección e incluso el impulso inicial del cambio. Y que los contactos entre len-

guas en sus diversas variantes pueden provocar modificaciones también en el sistema morfológico de la lengua receptora, un postulado éste discutido en su momento pero que no ofrece ya problema alguno.

Es cierto que para que la influencia de una lengua sobre otra llegue a alcanzar al sistema morfológico es precisa una situación de intensa influencia cultural y de acentuado y prolongado contacto, con bilingüismo incluso. Y que muy probablemente las influencias comienzan por la adopción de los medios formales de una lengua para expresar categorías comunes a las dos lenguas. Leslau (1945) por ejemplo explica la generación de un sistema de expresar el plural en etiópico mediante reduplicación de la primera consonante como imitación de las formaciones de esta misma categoría de plural de la lengua cushita que constituye su sustrato.

Ahora bien, estudios sobre los dialectos griegos modernos de Asia Menor muestran interferencias del turco en niveles mucho más profundos, especialmente en los dialectos conservados en aldeas aisladas sin posibilidad de aprender escolarmente el griego estándar. Se encuentra por ejemplo pérdida sistemática de categorías inexistentes en turco, como género y flexión adjetival, e incluso se registra la introducción de procedimientos aglutinativos en la flexión nominal.

Apoyándose en casos como éste, o como la pérdida de los infinitivos en el área balcánica, ciertos autores postulan que la interferencia morfológica siempre da como resultado una reducción de las categorías morfológicas, nunca la creación de nuevas categorías. Sin embargo, hechos como la misma creación en etíope de un futuro durativo inexistente en el resto del semita, o la aparición en Hindi de construcción ergativa hacen evidente que tanto la creación de nuevas categorías como el cambio de tipo morfológico pueden ser consecuencia de interferencias debidas al contacto entre lenguas.

6. La gran dificultad para el lingüista, como hemos visto, ha sido siempre explicar los procesos que tienen como resultado final la creación de nuevas categorías morfológicas en lugar de la reducción, la pérdida de alguna de éstas. Procesos de deterioro fonético que conducen a pérdida de categorías con la consiguiente acción de una analogía restauradora o reorganizadora son los usual y cómodamente considerados como impulsores del cambio morfológico. Incluso la influencia de una lengua sobre otra es considerada como un motor

de la reducción, no de la ampliación o la reestructuración de los sistemas morfológicos.

En general, y hecha abstracción de análisis que toman en general como referencia inicial del cambio la propia estructura interna del sistema, sólo dos sistemas de creación de categorías morfológicas son tomados en consideración: la morfologización de alomorfos originados en el cambio fonético (cf. aún Jeffers y Lehiste (1979)) y los procesos de conversión en elementos morfológicos de elementos sintácticos antes independientes. El tipo de evolución de sintaxis a morfología que resume la conocida sentencia de Givón «La morfología de hoy es la sintaxis de ayer».

Esta vinculación de morfología y sintaxis, estrechísima especialmente en lenguas flexivas, donde es frecuentemente difícil trazar la línea divisoria entre ambos campos de la lengua (cf. Vincent (1980)), abarca sin embargo un terreno más amplio que el reflejado en la sentencia de Givón. O al menos tal opinión sustentan un cierto número de autores que recientemente buscan encontrar en la morfología reconstruida de la proto-lengua o en la morfología de las lenguas históricas un punto de apoyo para reconstruir la sintaxis.

En este aspecto son dos los puntos de vista desde los que se enfoca el problema.

6.1. El uno parte de la idea de Givón y pretende reconstruir el orden de palabras a partir del orden de los morfemas, suponiendo esta sucesión de estadios sintaxis → morfología como algo generalizable y canónico. A título de ejemplo, en la gramática de Antonsen (1975) de las lenguas escandinavas se propone que el artículo pospuesto de estas lenguas refleja aún el orden antiguo Nombre — Modificador que se encuentra como orden predominante en rúnico. Y puede que en este caso sea cierto, pero no podríamos sacar la misma conclusión por ejemplo de la posposición del artículo que da origen a la flexión «determinada» del adjetivo en antiguo eslavo.

Este intento presenta una importante dificultad. El paso de construcción sintáctica analítica a expresión sintética, a morfología, en los casos en que esta evolución se impone por la propia fuerza de la evidencia, supone una fase intermedia en que uno de los elementos antes autónomos se hace clítico. Y es bien sabido que en todas las lenguas los clíticos (especialmente los clíticos de 2.^a posición) tienden

a resituarse su posición en la frase (cf. Steele (1977)), con lo que el orden de los morfemas, que puede ofrecernos también un orden posible pero atípico, puede incluso no reflejar ningún orden de palabras posible en la proto-lengua, sino el orden asumido en condiciones de clisis. Y sería preciso en todo caso hacer un estudio totalizador del fenómeno de la clisis y su reflejo en el orden de palabras, viendo si es posible establecer unas reglas o tendencias generales que regulen estos cambios de orden.

6.2. El otro punto de vista tiende a establecer un nexo entre orden de palabras y estructura morfológica, a la manera de la vinculación entre determinados tipos sintácticos y estructuras morfológicas establecidos en el artículo en que Greenberg (1963) enumera sus Universales Implicacionales.

Según esta idea, si bien no se puede establecer una tipología totalizadora, según la cual a determinado orden de palabras corresponda una determinada tipología morfológica, sí que se puede considerar la existencia en las lenguas de tendencias generales que determinan una mayor probabilidad de que a un orden de palabras determinado corresponda una estructura morfológica determinada.

En este sentido suele ser citado como caso típico la correlación entre pérdida de flexión casual nominal y paso del orden básico SOV del latín al SVO de las lenguas romances. El problema ahora es si es la morfología la que provoca y determina el cambio de tipo sintáctico o viceversa, o si se trata de una vinculación de doble dirección, regulada como casi todos los procesos de la lengua por posibilidades (cuasi-universales estadísticos) y no por necesidades ni leyes de vinculación obligatoria (universales).

El tema, al que se han dedicado sólo estudios parciales en estos últimos años, bien merece una mayor atención, pues no es ilógico en absoluto que condicionamientos de la sintaxis sean motores y determinantes del cambio de categorías morfológicas de contenido y referencia sintáctica.

Y en esto son quizá latinistas y romanistas quienes tienen mayores posibilidades de encontrar datos que avalen una teoría sobre la vinculación del cambio morfológico y el sintáctico y la primacía del uno sobre el otro (y de cuál sobre cuál) o su falta de primacía, que aclaren si también el cambio sintáctico desempeña o no un papel

como motor del cambio y reestructuración de los sistemas morfológicos y en qué sentido. La historia de este cambio de tipo del latín a las lenguas romances está casi a la vista, en textos escritos que merece la pena seguir examinando a la luz de estos parámetros, como se está haciendo con otros materiales lingüísticos (las lenguas urálicas o el Hindi) bastante menos afortunados desde el punto de vista de la abundancia y seguridad de los datos.

7. En este tipo de estudios, como en los estudios tipológicos en general, el problema más grave para los lingüistas ha residido siempre en la posibilidad de tratamiento del volumen elevado de datos exigido para alcanzar una cierta fiabilidad o generalidad relativa de las conclusiones.

Para los lingüistas el uso de las nuevas herramientas que la informática personal ha puesto al alcance del científico de todas las especialidades apenas si ha servido más que para cuantificar y establecer tantos por ciento de incidencia de determinados datos.

Lo que las demás ciencias han extraído de nuestras nuevas herramientas tecnológicas en los últimos diez años, un nuevo método de tratamiento de los datos que ayude a establecer conclusiones de los ya conocidos y previsiones de lo por acontecer o de la prehistoria de lo conocido, modelos en suma de evolución o funcionamiento de estructuras complejas, no parecía ser posible cuando se trata de datos lingüísticos. Y ello simplemente porque la lógica de los sistemas informáticos tradicionales se expresaba en términos de probabilidad y nuestros datos no pueden sujetarse a ese estrecho corsé.

La puesta a punto, sin embargo, en los tres últimos años, de sistemas informáticos de lógica difusa, que permiten expresar datos y conclusiones en términos de posibilidad, introducidos para el tratamiento de datos «vagamente estructurados», abre para la lingüística en general, y en mi opinión para el estudio teórico del fenómeno universal del cambio lingüístico, posibilidades esperanzadoras que es preciso explorar. Ya ha atraído la atención de algunos lingüistas, por cierto, aplicando tal metodología como siempre a la fonética, más afortunada, pero sus posibilidades para nosotros apenas están empezando.

JULIA MENDOZA

Universidad Complutense.

BIBLIOGRAFIA

- Adrados, F. R. (1971): *Lingüística Estructural*, Madrid.
- Ambrosini, R. (1974): «Per una concezione processuale della ricostruzione linguistica», *Studi linguistici in onore di T. Bolelli*, Pisa.
- Anderson, S. R. (1980): «On the development of morphology from syntax», en Fisiak (1980): págs. 51-69.
- Anttila, A. R. (1972): *An introduction to historical and comparative linguistics*, Nueva York.
- Antonsen, E. H. (1975): *A concise grammar of the older Runnic inscriptions*, Tubinga.
- Bierwisch, M. y Heidolph, K. E. (1970): *Progress in Linguistics*, París.
- Boas, F. (1911): *Handbook of American Indian languages*, Washington.
- Bouquiaux (1970): *La langue Birom: phonologie, morphologie, syntaxe*, París.
- Christie, W. M. (1976): *Current progress in Historical Linguistics, Proceedings of the 2nd. international conference on Historical Linguistics*, Amsterdam.
- Comrie, B. (1980): «Morphology and word-order reconstruction», en Fisiak (1980): págs. 83-96.
- (1981): *Language universals and linguistic typology*, Oxford.
- Dawkins, R. M. (1916): *Modern Greek in Asia Minor: A study of the dialects of Silli, Cappadocia and Pharsa with grammar, texts, translations and glossary*, Cambridge.
- Fisiak, J. (1980): *Historical Morphology*, La Haya.
- Givón, J. (1966): «Historical syntax and synchronic morphology», en *Proceedings of the 17th. Regional Meeting of the Chicago Linguistic Society*, Chicago, págs. 394-415.
- Greenberg, J. H. (1963): «Some universals of grammar», en *Universals of Language*, ed. J. H. Greenberg, Cambridge, Mass.
- (1973): «The typological method», en *Current Trends in Linguistics* 11, La Haya, págs. 149-193.
- (1978): *Universals of human language I-IV*, Stanford.
- Hall, R. A. (1971): *La struttura dell'italiano*, Roma.
- Heller y Macris (1967): *Parametric Linguistics*, La Haya.
- Hopper, P. (1977): *Studies in descriptive and historical linguistics, Festschrift for W. P. Lehmann*, Amsterdam Studies in the theory and history of linguistic science IV, Amsterdam.
- Hymes, D. H. (1955): «Positional analysis of categories: A frame for reconstruction», *Word* 11: págs. 10-23.
- (1956): «Na-Dene and positional analysis of categories», *AA* 58: págs. 624-638.
- (1971): *Pidginization and creolization of languages*, Cambridge.
- Jeffers, R. J. (1976): «Syntactic change and syntactic reconstruction», en Christie (1976): págs. 1-16.
- Jeffers, R. J. y Lehiste, I. (1971): *Principles and methods for historical linguistics*, Cambridge, Mass.

- King, R. D. (1969): *Historical linguistics and generative grammar*, Englewood Cliffs, Nueva Jersey.
- Kuryłowicz, J. (1949): «La nature des procès dits analogiques», *Acta Linguistica Hafniensia* 5: págs. 15-35.
- (1956): *L'apophonie en indo-européen*, Wrocław.
- (1964): *The inflectional categories of indoeuropean*, Heidelberg.
- Lehmann, W. P. (1978): *Syntactic typology. Studies in the phenomenology of language*, Austin.
- Leslau, W. (1945): «The influence of Cushitic on the Semitic languages of Gurage», *Language* 28: págs. 63-81.
- Li, Ch. N. (1977): *Mechanisms of syntactic change*, Austin.
- Lüdtke, H. (1980): «The place of morphology in a universal cybernetic theory of language change», en Fisiak (1980): págs. 273-281.
- Mańczak, W. (1957-58): «Tendances générales des changements analogiques», *Lingua* 7: págs. 298-325.
- (1963): «Tendances générales du développement morphologique», *Lingua* 12: págs. 19-38.
- (1978): «Les lois du développement analogique», *Linguistics* 205: págs. 53-60.
- (1980): «Laws of analogy», en Fisiak (1980): págs. 283-288.
- Martinet, A. (1975): *Studies in functional syntax - Etudes de syntaxe fonctionnelle*, Munich.
- Matthews, P. H. (1974): *Morphology. An introduction to the theory of word structure*, Cambridge.
- Meisel, J. M. (1977): *Langues en contact - Pidgins - Creoles - Languages in contact*, Tubinga.
- Paul, H. (1880): *Prinzipien der Sprachgeschichte*, 5.^a ed., Tubinga, 1920.
- Plank, F. (1981): *Morphologische (Ir)Regularitäten. Aspekte der Wortstrukturtheorie*, Studien zur Deutsche Grammatik 13, Tubinga.
- Sapir, E. (1921): *Language*, Nueva York.
- Schane, S. A. (1970): «Phonological and Morphological Markedness», en *Bierwisch y Heidolph* (1970).
- Schlegel, A. W. von (1818): *Observations sur la langue et la littérature provençales*, París.
- Schleicher, A. (1859): *Zur Morphologie der Sprache*, Mémoires de l'Académie Impériale de St. Pétersbourg, 7 Série, Tome 1, N.º 7.
- Steele, S. (1977): «Clisis and diachrony», en Li (1977): págs. 539-579.
- Thomasson, S. G. (1980): «Morphological instability, with and without language contact», en Fisiak (1980): págs. 359-372.
- Vendryes, J. (1921): *Le langage*, París.
- Villar, F. (1983): *Ergatividad, acusatividad y género en la familia lingüística indoeuropea*, Salamanca.
- Vincent, N. (1980): «Words vs. morphemes in morphological change: The case of Italian -iamo», en Fisiak (1980): págs. 383-398.
- Wachowicz, K. (1977): «The synchronic description and historical change», en Hopper (1977).